Año II. Madrid 31 de Diciembre de 1862. Núm. 4.°

LA EDUCANDA.

PERIÓDICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Eleccion de estado, por R.—Jesus nacido en Belen, por don Casimiro Clavijo.—La Gitanilla [conclusion], por doña Joaquina García Balmaseda.—Herodías [tradicion], por doña María Mendoza de Vives.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADO: *La Adoracion.*—LÁMINA: *Dibujo de Labores.*

ELECCION DE ESTADO.

La eleccion de estado es para las jóvenes uno de los actos mas delicados de su vida; el que realmente decide de su suerte futura; y á pesar de esto ninguno quizá se ejecute con mas ligereza é irreflexion ni bajo impresiones mas equivocadas. ¡De aquí tantas mujeres infelices, que hacen despues desgraciadas á sus familias!

No queremos enumerar hoy los estravíos en que se incurre sobre este punto, ni ofrecer al estudio de nuestras jóvenes lectoras el cuadro aterrador de los efectos á que conduce la mala eleccion de estado. Tarea seria prematura y estéril, si antes no preparásemos el ánimo y la inteligencia con algunas indicaciones acerca de las causas que determinan una acertada eleccion de estado, á fin de que se inclinen cuanto sea posible al buen camino que es preciso seguir para lograrlo. Vamos, pues, á ocuparnos de lo que en las jóvenes se llama su *vocacion* y las consecuencias que ocasiona en la vida presente y futura, para que cada cual pueda comprender despues los fundamentos sobre que descansa una buena eleccion de estado.

La vocacion de una jóven, lo mismo que la de cualquier otra persona, no es mas que la inclinacion natural que la lleva á un estado particular en que ha de desempeñar todo lo necesario al cumplimiento de su destino en la tierra, prefijado ya por Dios, su creador, al darla la existencia.

Nadie puede dudar que esa *vocacion* existe en todos, es decir, que todos tenemos esa inclinacion á lo que nos corresponde hacer y al estado en que hemos de hacerlo; porque todos reconocen y confiesan que á cada uno nos está señalada una mision en la tierra, y ninguno se atreve á negar que la razon y la revelacion divina concurren á demostrarnos que Dios y nuestra propia naturaleza nos llevan mas á un estado que á otro.

Para persuadir á las jóvenes, á quien hablamos, de esta verdad, no recurriremos á las admirables lecciones que sobre esta materia contienen los libros santos. Vosotras sabeis quién os ha creado, y que lo hizo dándoos á cada una cierta aptitud particular. El buen sentido os enseña además que no podeis abrazar un estado, elegir una profesion, á vuestro capricho, puesto que no os habeis creado á vosotras mismas para disponer así de vuestro destino. Concederos este derecho, seria lo mismo que proclamar vuestra independencia negando á Dios. La menos instruida comprende que ella es un miembro de la gran familia humana, á quien le está encargado hacer aquello de que es capaz; y que apartarse de esta obligacion, y empeñarse en hacer cosa distinta, seria destruir la armonía del conjunto, y hasta convertir el cuerpo en un mónstruo, á la manera que sucederia en el cuerpo de un solo individuo si declarando independientes sus piés, ojos, estómago y lengua, se crease cada órgano de estos un movimiento independiente, del que resultase, ver con los piés, andar con los ojos, hablar con el estómago y digerir con la lengua. ¡Esto mismo que se verificaria en el cuerpo aislado, tiene lugar en el cuerpo social: y no reconocer en uno y en otro las mismas leyes, es caer en el absurdo!

Así, pues, aunque todos los estados á que puede ser llamada una jóven por su familia ó su posicion sean buenos en sí mismos, no por esto lo serán relativamente á cada una de las que puedan abrazarlos; porque no tienen las mismas inclinaciones, dotes natu-

© Biblioteca Nacional de España

rales, ni les ha sido inspirada igual gracia divina; y el estado que es ventajoso para una, será perjudicial para la otra.

La jóven que elija con acierto el estado en que ha de vivir, siguiendo lo que hemos llamado su vocacion, será como árbol que plantado en terreno y clima convenientes, crece con maravillosa rapidez, extiende su frondosas ramas, produce abundantes y esquisitos frutos, todo sin esmerado cultivo.

Por el contrario: la que desatiende la voz de Dios, cuyo eco es su vocacion, y elige estado fuera del que conviene á su aptitud y destino, es como árbol que llevado á otros climas y paises de aquellos en que le crió la naturaleza, siempre crece raquítico y estéril, rinde frutos sin sabor y que nunca llegan á perfecta madurez, á pesar del mas esmerado cultivo.

La mujer que elige un estado diferente del que le está señalado, ó sigue para llegar á él un camino extraviado, se expone á un término evidentemente distinto del que tiene marcado en la vida. Porque Dios con su sabiduría infinita ha distribuido los destinos sobre la tierra: á unos ha dado una ocupacion, á otros otra, como una madre de familia señala los oficios de su casa á cada uno de los miembros de ella, segun los considera aptos para desempeñarlos.

Casi todos los desórdenes y vicios que cunden sordamente en la sociedad y se propagan y afligen á las familias, proceden de que muy pocos, y particularmente las mujeres, abrazan el estado que les está señalado por Dios. Porque, ¿cómo han de llenar sus deberes, si carecen de disposiciones y de gracia divina para ello? La falta de capacidad les hace hallar dificultades sin cuento, y Dios no acude con sus socorros ordinarios á los que han obrado temerariamente, sin consultar su voluntad, ni examinar el estado á que fueron llamados.

Esto no es un vano temor: es la realidad demostrada en la amarga esperiencia de muchos pueblos, cuando sus individuos no han seguido fielmente su vocacion. La fidelidad en seguirla, decide de nuestra dicha en esta vida.

¿Qué reposo puede hallar una jóven que se engaña en el estado que la conviene? No hay suerte mas desgraciada. El disgusto de verse engañada, la enfria en sus inclinaciones, la expone á un peligro perpétuo y una melancolía que la hace insoportable hasta á sí misma, y la reduce á una condicion tanto mas cruel, cuanto mas se extiende en la vida para no concluir mas que con ella.

Los efectos de abrazar un estado contrario á la vocacion no son, sin embargo, tan sensibles siempre; mas no por esto tienen menos de terribles. Pero muchas veces nacen de él todos los vicios que conducen á la mujer á su perdicion, aparte del pecado á que da lugar la falta á los preceptos divinos; y por tanto, lo que importa, sobre todo, es estudiar sériamente la vocacion para seguirla con fé desde que nos es conocida.

R.

JESUS NACIDO EN BELEN.

Al hablaros de Belen, no os figureis que esta poblacion sea grande, hermosa y llana: Belen es una ciudad montuosa de Galilea, pequeñísima, como la llama el Profeta; pero al mismo tiempo dichosa, feliz, porque sobre su suelo habria de aparecer un dia aquella estrella que deja ver su primera luz en el mismo paraiso; luz que transformándose allí en promesa y dulce esperanza, consigue templar los dolores de la culpa primera. Mil veces dichosa, tú, Belen! De tí saldrá la estrella de la esperanza que vendrá inspirando á los siglos. Tú eres la que harás dulce la voz del Profeta, por tí vivirán los oráculos, hablarán las sibilas. Tu estrella, en fin, será la estrella polar de la esperanza de todas las naciones. Ciertamente: no hay dia, no hay emblema que no se refiera al prometido reparador, la raiz de Jesé y Estrella de Belen.

¡Jesus va á nacer! Jóvenes lectoras, preparad vuestros corazones. No os descuideis como aquellas vírgenes necias de que nos habla el Evangelio. Velad, estad despiertas, para que cuando haya nacido el Hijo de Dios, salgais con vuestras lámparas encendidas á recibir y loar al recien nacido en Belen. Aparejad el camino del Señor, decia Isaías, enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios. Todo valle será alzado, todo monte y collado será abatido, y lo torcido se enderezará, y lo áspero será camino llano, y se descubrirá la gloria del Señor.

¿Pero qué os dice ya ese grabado que teneis á la vista? Os avisa de que ya ha nacido Jesus. ¡Dulce espectáculo! ¡Pasaje sublime!

María, la destinada para madre de Dios, ha subido á Belen, ciudad montuosa de Galilea, para inscribirse en el censo general que dispuso el Emperador Augusto; se hacia tarde, en vano San José busca alojamiento: parece como que Belen se niega á dar albergue á esta familia, que lleva consigo el oráculo de todos los tiempos. José y María entonces se ven obligados á recojerse en una gruta. ¡Incrustables designios del Eterno! María es en el noveno mes de su preñez, y da á luz aquí en esta gruta á la segunda persona de la Divina Trinidad.

Pobre ha nacido Jesus; nace en el silencio! Pero á pesar de todo, Dios ha nacido, Jesus está en los tiernos brazos de María, y no tardaráse mucho en que los Césares tiemblen. En el entretanto vemos que un Angel avisa á unos Pastores de la feliz nueva; estos

© Biblioteca Nacional de España

sencillos hombres dejan á sus ganados, que pacian en en las pendientes, y alegres y gozosos corren en busca del Recien-Nacido, y tienen la dicha de ser los primeros en ofrecer sus primicias y adorar al Salvador.

Los cielos se alegran, y de mensaje mandan una Estrella, estrella que lleva su luz al Oriente, y en pos de ella vienen Reyes de la Arabia, ó mas bien de Persia, á adorar al Salvador del Mundo; y postrados, ofrecen á Jesus el oro, el incienso y la mirra; símbolo el oro del poder de los Reyes, símbolo el incienso del gran sacerdote, símbolo la mirra de la sepultura del Señor.

¡Cumpliéronse las profecías! De la Judea salió el dominador esperado; aquel rey que nos dice Ciceron, estaba anunciado por los antiguos oráculos de las sibilas, y que seria necesario reconocer para salvarse.

«De lo mas encumbrado de los cielos nos va á ser enviado un regenerador.»

«Alégrate, casta Lucina, por el nacimiento de este Niño, que hará cesar la edad de hierro, que ha durado hasta ahora, y estenderá la edad de oro por todo el Universo.» De Oriente á Occidente, como ráfaga de divina luz, corre y se cruza la feliz nueva, cuando el verdadero Salvador se deja ver en el Mundo. El Niño Jesus ha nacido, Cristo ha nacido para nosotros. Inspirados en el sentimiento y amor hácia Jesucristo, proclamémosle como al Redentor del Mundo. Virgilio canta en la venida de su héroe:—Cantad, niñas, las glorias de Jesus con el entusiasmo que manifestó el anciano Simeon, quien teniendo en sus manos marchitas por los años al divino Jesus, decia:—Ahora, Señor, puedes dejar ya que tu siervo muera en paz; porque segun tu palabra, han visto mis ojos tu salud.....

La Adoracion.

CASIMIRO CLAVIJO.

LA GITANILLA.

[Conclusion.]

Desde este dia Consuelo se unió mas á la familia de que parecia formar parte, y la señora Isabel se regocijaba al contemplar su jovialidad y acierto en las ocupaciones domésticas. De vez en cuando la hija de los valles se mostraba en sus aficiones y deseos, pero al punto la razon obraba en ella, y dócil se sometia á las costumbres de los otros niños.

Un dia que se habian reunido á jugar varios niños, uno de ellos propuso jugar á *los gitanos*, esclamando:

—Este juego sí que será bonito. Tú, Consuelo, serás la gitana vieja, te sentarás junto á la hoguera, y asarás los gatos. ¿Verdad que los gitanos comen gatos asados?

La niña no respondió, pero rehusó tomar parte en el juego, y el resto del dia lo pasó muy triste: un sentimiento natural de amor propio, de cariño hácia aquello que rodeó su infancia, le hacia sentir que se burlasen de la vida de los gitanos.

—Ya llega pronto Noche-buena, dijo un dia Enriquito. ¿Nacerá el niño Jesús tambien para Consuelo, mamá?

—Sí, hijo mio, nace para todos los niños dóciles y buenos.

—Noche-buena! murmuró la niña. Qué es Noche-buena?

—Calla! replicó el niño, tan grandullona y no sabe lo que es Noche-buena.

—Sí, lo sé, dijo la niña un poco cortada; es una fiesta en la que se come una torta dulce, que se llama turron. Una vez me dieron en una casa, donde me dijeron: «Toma y participa tú tambien de la Noche-buena.»

Los tres niños contemplaron con aire compasivo á su pobre hermana adoptiva, que ignoraba lo que ellos ya tenian olvidado, y quisieron esplicarle lo que la fiesta significaba, pero su madre se opuso, encargándose ella, que ya la habia iniciado en muchos miste-

© Biblioteca Nacional de España

rios de nuestra santa Religion, refiriéndole la vida del Salvador. Entonces supo que el Hijo de Dios quiso nacer niño y pobre para ser amigo de los que lo eran, probando que las riquezas nada valen comparadas con las virtudes del alma; y comprendió que descendió á la tierra para abrir al pecador arrepentido las puertas del cielo.

Por fin llegó aquella fiesta tan codiciada, y muchas horas antes la impaciencia no dejó á los niños ocuparse de sus juegos habituales: entre tanto Consuelo murmuraba para sí:

—Mi padre nunca oyó hablar de ese Salvador, ó si oyó hablar, nunca quiso hablarme á mí!

Por fin llegó el momento deseado: la señora Isabel abrió la puerta de un cuarto, que despedia torrentes de luz, y los tres niños se precipitaron en él seguidos de otros niños á quienes habian convidado, y de Consuelo, que avanzaba con una timidez estraña en ella.

Todos celebraron el acierto con que estaba puesto el Nacimiento. En el centro del peñasco se veia representado por figuras de bulto el nacimiento del Hijo de Dios en el portal de Belen, y otras diseminadas aquí y allí, representaban diferentes episodios de la vida del Salvador, entre los que destacaba el de Jesus, rodeado de niños, teniendo al pié este letrero:

Dejad á los niños acercarse á mí.

Ricardo, Clara, Enrique y los otros niños, cantaron Villancicos al compás de las zambombas, tambores y rabeles, y rodeando á Catalina, que aunque gozaba en la fiesta, maldecia aquella baraunda y ruido que la atronaba. En cuanto á Consuelo, contempló el Nacimiento largo rato silenciosa; despues dulces lágrimas corrieron de sus ojos, y esclamó:

—Ahora sí que comprendo que el niño Jesús vino al mundo.

—Sí, vino para todos, dijo la virtuosa madre, estrechándola en sus brazos: pero particularmente para los niños desvalidos como tú.

Pasó aquella fiesta, y los niños volvieron á entregarse á sus ocupaciones habituales; pero Consuelo conservó grabado en el alma el recuerdo de la Nochebuena y la imágen de Jesús protegiendo á los niños.

Pasaron años, y los niños dejaron de serlo. Todo el mundo, hasta Catalina, se habia acostumbrado á mirar á Consuelo como de la familia, y ésta habia cambiado notablemente en costumbres y maneras. Solo su tez morena y sus trenzas de azabache recordaban su orígen bohemio. Su actividad, el interés que la casa y la familia le inspiraban, eran cada dia mayores.

Ya eran las dos niñas dos hermosas jóvenes que compartian los quehaceres domésticos, cuando la madre de Clara se sintió atacada un dia de una enfermedad tan grave, que alarmó con razon á toda la familia. Su marido estaba á la sazon fuera de Ocaña. Ricardo estudiaba en un colegio de Madrid, y solo Enrique y las niñas estaban con su madre.

En este conflicto Clara, como parte mas interesada, se consagró al cuidado de la enferma, encargándose Consuelo por completo del pequeño Enrique. No obstante, aunque el lecho de Clara se trasladó al mismo dormitorio de la enferma, noches habia en que al pedir ésta agua en los accesos de su delirio, no era Clara, dormida quizá á la sazon, quien solícita se levantaba á dársela: un bulto se movia á los piés de la cama de la enferma, y una mano agradecida llevaba el vaso á sus lábios. La cama de Consuelo no se habia movido de su cuarto, pero ella habia encontrado medio de deslizarse furtivamente junto al lecho de la enferma.

—Oh! Consuelo! hija querida! esclamó Isabel al saber, ya convaleciente, aquellas pruebas de cariño, quién sabe si serás tú el apoyo de un padre á quien hayan dejado sus hijos, y Dios le haya arrebatado su mujer!

Esto fué como un rayo de luz para el alma de la jóven: triste era el pensamiento de su madre adoptiva, pero se contaba con ella y se la tenia en algo para el porvenir.

Poco despues de estos sucesos, y cuando por causa del calor Ricardo tenia vacaciones, y su padre no tenia que hacer en Madrid, estaba un dia toda la familia reunida á la mesa. Consuelo era la reina de aquella pequeña fiesta, merecia elogios de todos por sus cuidados á la enferma, y unos y otros la proclamaban como hija y hermana, cuando de repente llegó hasta ellos un silbido estraño que produjo estupor general é hizo vacilar la taza que Consuelo iba á llevar á sus labios. Un segundo silbido se dejó escuchar, y Consuelo sin ser dueña ya de sí, dejó la mesa y salió precipitadamente á la calle.

—Volverá pronto, dijo Isabel dulcemente, creyendo aquel movimiento de la jóven hijo de la curiosidad.

Pero Consuelo no volvia! Enrique salió en su busca, volviendo en breve á decir que Consuelo estaba á la entrada del bosque con un anciano tostado y andrajoso, que sin duda debia ser su padre, porque la jóven lloraba en sus brazos.

Esta noticia dejó á todos suspensos: el anciano llegaba sin duda en mala ocasion! Catalina, menos prudente, no pudo menos de esclamar:

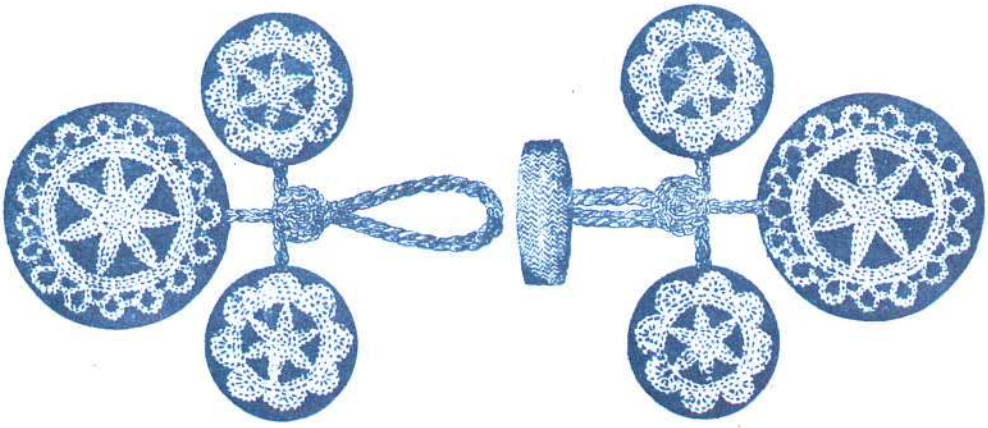
—Siempre esa gitana dirá quién es! Si es pecado mortal hacer bien á tales vagabundos! Vereis como ahora nos deja plantados, despues que nos hemos esmerado en su educacion.

Isabel no pudo disimular una sonrisa: Catalina en verdad nada habia puesto de su parte en la educacion de Consuelo, como no hubiera sido obligarla á ejercitar la paciencia.

A la caida de la tarde, cuando los hermanos esta-

© Biblioteca Nacional de España

1



2

Diciembre de 1862.

Lit. de Aragon.

LA EDUCANDA.

Calle de Lope de Vega 3c.

MADRID

© Biblioteca Nacional de España

han reunidos en el jardin y la bondadosa madre sola en su estancia, Consuelo entró con paso lento, con espresion triste, pero con la marca de la resignacion sobre su frente.

—Madre, murmuró con voz trémula, es preciso que me dejeis partir.

—Por qué hija del alma? repuso Isabel sin poder dominar su terror.

—Mi padre está solo en el mundo: su mujer ha muerto.

—Y vás á arrostrar de nuevo la vida errante de los gitanos?

—Es preciso, madre mia: Dios que verá mis sufrimientos me dará fuerza.

—Ya hablarémos, hija mia: ahora retírate y descansa.

A los pocos instantes, Consuelo salia furtivamente de casa de sus protectores con un pequeño lío de ropa en la mano.

Cuando se notó la desaparicion de la niña, la familia fué víctima de las mas horrible agitacion. Todos se habian acostumbrado á verla: todos la amaban!

Esta carta, que se halló en su cuarto, fué su única despedida.

«Queridos padres y hermanos:

No os debo mas que beneficios, y sin embargo os abandono precisamente en la edad en que podia seros útil. Perdonadme! Mi padre está solo en el mundo, solo como pocos lo están, y pobre como siempre lo fué. Mucho me amais vosotros, mucho os debo..... pero sois ricos, vivís unidos, y sereis dichosos sin mí.

Que Dios os recompense lo que yo no puedo recompensaros! Yo os ofrezco no olvidaros nunca ni hacer la menor cosa reprensible á vuestros ojos. Si me encuentro aislada ó en peligro de ofender á Dios, correré á vuestro lado á que me infundais el valor que me falte.

Entretanto no me busqueis, y perdonad á vuestra reconocida

Consuelo.»

Isabel pudo apenas acabar esta carta: el llanto la ahogaba.

—Y qué hacemos! dijo su marido, que paseaba con agitacion.

—Nada: repuso Isabel. Rogar por ella á Dios, y Él nos la devolverá algun dia!

. . . . . .

Diez años despues, el padre de aquella numerosa familia bajaba al jardin solo, sin un brazo que le prestase apoyo. Su buena Isabel habia muerto hácia algunos años; su hija estaba casada y establecida fuera de Ocaña, y sus hijos concluian sus carreras en el estranjero. El vacío reinaba en torno del anciano! Ninguno de sus hijos habia trocado su porvenir por el placer de acompañar á su anciado padre, y su soledad le iba siendo á éste cada vez mas penosa, á medida que su vista se iba acortando.

La tarde á que nos referimos paseaba el buen hacendado por su jardin apoyado en su baston, y en su mente se confundian mil ideas tristes, mil recuerdos de dolor, que le arrancaban siempre esta dolorosa reflexion:

—Cuánto han cambiado los tiempos!

En este instante una mujer alta, esbelta, de veinte y cinco á treinta años penetró en el jardin, y se adelantó hácia el anciano lentamente. Tambien las impresiones de su rostro demostraban que aquella mujer era en aquel momento víctima de dolorosos recuerdos.

Llegó hasta el anciano, que no se habia apercibido de su llegada, porque su oido estaba tan torpe como su vista, y arrodillándose ante él, murmuró:

—Estais solo al fin, padre mio?

—Quién eres?

—No me conoceis? No os acordais ya de Consuelo? De la pobre gitana?

—Ah! sí, reconozco tu voz! Eres tú, hija mia? Vuelves por fin al hogar paterno? Ah! si mi pobre Isabel te viera en este instante! Hasta en la hora de su muerte se acordó de tí!

Por toda respuesta, Consuelo se arrojó en los brazos del anciano, y las lágrimas de ambos se confundieron en silencio.

—Vamos, cuéntame qué ha sido de tí en tantos años: ¿vuelves honrada y pura á los brazos de tu protector? ¿Puedes visitar sin sonrojarte la tumba de tu madre?

—Dios sabe, padre mio, que en la vida errante que por espacio de diez años he llevado, he procurado siempre ser digna de vos y seguir los consejos de mi buena madre. Tengo un corazon débil, lleno de defectos, pero si he vuelto aquí, es porque todavía la gitana Consuelo puede estrechar en sus brazos á su hermana Clara. Pero y Clara? ¿qué ha sido de Clara? preguntó con visible inquietud.

El anciano entonces le refirió cómo el destino le habia separado de todos los que amaba, menos de Catalina, mas gruñona cada dia y mas torpe, á consecuencia de la edad.

—¿Por qué no has venido á verme alguna vez? murmuró al terminar su relato el anciano.

—Porque no debia; porque no podia dejar á mi padre: éste no permitia dejar su vida errante, y vuestra vista hubiera hecho vacilar mi valor. Hace quince dias que mi padre ha muerto! Una señora caritativa que últimamente nos recogió en su casa, quiso tomarme á su servicio, pero yo no tuve tregua ni reposo. Muerto mi padre, yo no podia tener otra morada que la vuestra! Mi mano no debia prestar apoyo mas que á vos, padre mio!

© Biblioteca Nacional de España

—¡Vuelves como el hijo pródigo á la casa paterna! Deja que como aquel padre te reciba con llanto de bendicion! Ya no estoy solo, ya me parece ver en torno mio á mi mujer y á mis hijos, pues que te veo á tí y oigo tu voz.

Con el amor de una hija y la sumision de una esclava, Consuelo permaneció en aquella casa, donde aprendió en otro tiempo á amar á Dios y servirle.

Grande fué la sorpresa de Catalina cuando de nuevo se encontró á su lado á l *desagradecida* gitana, pero fué tal el órden que desde su llegada volvió á reinar en la casa, tanto el descanso que ella encontró con su auxilio, que acabó por reconciliarse con ella como en otro tiempo, y dar gracias á Dios por su regreso.

¿Y Clara y sus hermanos? Tendremos necesidad de decir que colmaron de bendiciones á la que volvia á velar el sueño de un padre que ellos habian abandonado? Ella cuidó los últimos dias de aquel venerable anciano: ella le dió los últimos consuelos: ella recibió su último suspiro con su bendicion.

Muerto su protector, reclamaron sus solícitos servicios sus hermanos. ¿Dónde hubiera encontrado Clara una segunda madre para sus hijos mas que en Consuelo? Dónde Ricardo y Enrique los servicios de una hermana llena de abnegacion mas que en su antigua compañera de la niñez? Grandes fueron los beneficios que recibió de su mano: ella los pagó siendo el verdadero *Consuelo* de toda la familia!

Por eso cuando Clara enseña á sus hijos á practicar la caridad, cuando se la recomienda como uno de los primeros deberes del cristiano, acaba siempre con estas consoladoras frases:

«Sed hospitalarios, sed caritativos, porque á veces se socorre á los ángeles y se les da asiento en nuestro hogar.»

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

HERODÍAS.

(TRADICION.)

I.

Hace 19 siglos que en la ribera oriental del Jordan se levantaba una fortaleza denominada de Maqueronta, cuyos negros torreones y triples murallas, si bien baluarte y defensa contra los árabes de las orillas del mar Muerto, eran mirados por los hijos de Israel con cierto odio instintivo. Inspirábanlo, no tanto los negros calabozos que escondia, como ser á veces el grandioso castillo residencia del Tetrarca.

Un dia armonizaban en sus espléndidos salones, con la cítara y el salterio, los músicos instrumentos importados de Roma por sus nuevos señores, y el argentino sonido de las copas del festin.

Herodes Antipas, rodeado de lo mas lucido de su córte, celebraba en medio de su grandeza, y entre las personas mas queridas de su corazon, el aniversario de su nacimiento.

Su faz, habitualmente sañuda aparecia en aquel instante serena; toda desconfianza ó temor se habia desvanecido con el vapor de los licores y la presente felicidad, esa otra embriaguez de mas doloroso y terrible despertar que la primera.

Herodes estaba satisfecho, porque encadenado el Bautista en el mas lóbrego calabozo de Maqueronta, no le turbaba ya en sus placeres con severas censuras y tristísimas predicciones.

Empero en medio del festin y al lado del Tetrarca, el corazon de Herodías rebosaba de encono, porque el Santo habia muchas veces dirigido estas palabras á Herodes:

«El ojo de Dios está fijo sobre tí, porque guardas como esposa á la mujer de tu hermano.»

Y la princesa temblaba, porque la acusacion era cierta, y como un vientecillo letal la perseguia de contínuo.

Mas llegó la noche, y encendiéronse candelabros de plata y oro, quemáronse sabéos perfumes en afiligranados pebeteros, los cantores y cantoras entonaron sus mas armoniosos coros, y jóvenes hermosísimas aumentaron el placer, ejecutando difíciles danzas en torno de las mesas del festin.

De pronto suspendiéronse los bailes, enmudecieron los cantos, y volviéronse todos los ojos hácia las puertas del salon, no porque turbase la régia orgía el terrible *Mane*, *Thecel*, *Phares* del palacio de Baltasar, sino porque aparecia en ella una encantadora criatura, tipo el mas perfecto de la oriental belleza. Radiaba en sus rasgados ojos la alegria de la juventud, sonriendo su labio con la pureza de la niñez, mientras embellecian sus formas, aun no acabadas de contornear, todas las gracias de la adolescencia.

Su cabellera, negra y brillante como el ébano mas bruñido, separábase á ambos lados de la frente con una cinta de oro y pedrería, que, como la vitta romana, confundia sus cabos entre los ondulantes rizos que cubrian la espalda.

Y la jóven permaneció inmóvil y muda ante el asombro que habia inspirado su presencia: luego cogieron lentamente sus níveas manos las puntas de un largo velo, anudado á su cintura, y las hijas de Terpsícore huyeron avergonzadas, murmurando en su fuga:

—¡Salomé; la hija de Herodías!

Porque sabido era, que la mas hábil danzarina no podia competir con la jóven princesa.

De pronto resonaron los acordes de una música invisible, y Salomé, como arrebatada por los espíri-

© Biblioteca Nacional de España

tus de la armonía, lanzóse en caprichosos círculos, y sus leves piés parecieron no tocar el pavimento, en los volubles y rápidos giros de una danza fantástica y voluptuosa.

Luego, como si descansar quisiera, meciase blandamente á un suave y lánguido compás, como á un viento apacible las airosas palmeras del Cedron.

Y cuando los ocultos instrumentos resonaban mas vivos, arrebatábase de nuevo, flotando en torno suyo las gasas y cintas de su mágico traje, desvaneciéndola á veces en la aérea y vaporosa nube que la formaban.

Y los cortesanos retenian el aliento y la seguian con sus miradas, para no perder la mas ligera ondulacion de su vestido, ni el menor movimiento de su airosa cabeza.

Pronto el respeto fué impotente para contener su admiracion; los aplausos estallaron por todas partes, y la encantadora sirena dejóse caer muellemente á los piés del Tetrarca.

Herodes tendió al punto hácia ella, como Asuero hácia Estér, su cetro de oro, esclamando:

—Pide cuanto quieras; la mitad de mi reino no podria pagar tanta gracia y belleza.

Y los fascinados palaciegos acogieron con júbilo estas palabras; y la jóven fué á ocultar su contento en el seno de su madre.

Entonces la frente de Herodías resplandeció de orgullo, un relámpago de venganza centelleó en sus ojos, inclinóse sobre su hija, y besando su faz, murmuróle al oido una sola frase, más acompañada de siniestra sonrisa.

Y levantándose la jóven, postróse de nuevo á los piés del Tetrarca, diciendo con candoroso y persuasivo acento:

—¡Oh Herodes! yo te pido en cumplimiento de tu palabra, que me dés en un plato la cabeza de Juan el Bautista.

A esta sangrienta súplica, huyó de repente la alegria del Tetrarca, como huyen ante el simoun las arenas del desierto, como las espumas del mar ante la ola que las lleva; y conturbándose su espíritu, iban sus labios á proferir una escusa, cuando una mirada de Herodías cayó sobre sus vacilaciones, como la mano del verdugo sobre el hacha de su terrible ministerio.

II.

Pocos lustros han pasado: la potente grandeza de Herodes se ha desvanecido, como el sueño de un instante, como la alegria de una alborada.

Aquel Tetrarca, que á la peticion de una niña mandó derribar la cabeza de un santo, y bajo cuyo dominio habia de consumarse con la muerte de un Dios, el mayor de los crímenes y el mas inefable de los misterios, acababa de morir pobre, perseguido, y en pais estranjero.

Las personas que le fueron queridas, habian sido con los vientos de la proscripcion esparcidas por la tierra, como las hojas de una flor en las manos de un niño.

No eran bastantes para las culpables princesas la miseria y el destierro; pues como si llevasen en sus frentes un sello de infamia y reprobacion, huian de las gentes por miedo de ser rechazadas con espantosa crueldad.

Y Herodías atravesaba valles, trepaba colinas, vadeaba rios, esquivaba los poblados, y sin techo donde guarecer su cabeza, deteníase alguna vez á la orilla de los mares, ó sobre las crestas de los montes.

Allí tomaba unos instantes de reposo, suspiraba por Salomé, errante cual ella, y tornaba de nuevo á su perpétua peregrinacion.

Una vez, mientras el alba teñia de nacar y violeta los visos del oriente, detúvose sobre una pequeña altura, donde se recostaba la antigua Ilerda, á cuyo pié corria el Segre, llamado entonces Sicoris.

Herodías fijó un instante sus ojos en la silenciosa poblacion y la ancha corriente, enmudecida y oculta bajo una capa de hielo; luego dejó vagar su mirada por la vasta campiña, cuyos árboles deshojados y cubiertos de nieve pregonaban la crudeza del invierno, comparando aquella triste y devastada soledad con el páramo mas asolado aun de su corazon.

La princesa exhaló un suspiro, llevó las manos á su frente, y apartando hácia atrás sus cabellos cubiertos de escarcha, como en otro tiempo de diamantes, levantó al cielo su doliente y fatigada cabeza, implorando de la eterna piedad el descanso de la tumba.

Despues, cual si oyera de nuevo la omnipotente, aunque secreta voz que le gritaba, «sigue,» apartóse de la poblacion, y comenzó á descender hácia el rio.

Y la ciudad dormia y las aves no soltaban sus trinos, aun cuando los celajes de nacar y violeta tomasen un matiz anaranjado entre rosadas franjas que por instantes subian de color.

Y al reflejo pálido y blanquinoso que comenzaba á inundar las altas regiones de la atmósfera, divisó como una apariencia de mujer, que salia presurosa de entre la nevada maleza de la opuesta márgen.

Entonces clavó su mirada en aquella figura diseñada apenas, y de cuyos rasgos y facciones la naciente alborada no le permitia fijar una sola línea.

De pronto la vió pisar la orilla del rio, rodeado en aquel punto de colinas y malezas, retroceder un paso, inclinarse, coger un objeto y lanzarlo contra la cristalizada corriente.

Herodías no alcanzó á distinguir que el objeto arrojado por aquella mano desconocida, rebotó sobre el hielo, como por una superficie de mármol; mas vió á la en un principio vaguísima semejanza de mujer,

© Biblioteca Nacional de España

que adquiria por instantes los contornos de la realidad, recoger con una mano su medio desprendido manto, y revolviendo en la otra el velo que cubria su rostro, lanzarse denodadamente al rio.

A los pocos pasos, el hielo crujió, grieteóse bajo sus piés, y pareciendo que los huia, sumergióse, dejando borbotar sobre ellos un líquido turbio y frio.

La princesa oyó un grito que la hirió como un dardo, viendo en el mismo instante vacilar y desvanecerse la mujer, trás un segundo de lucha.

Entonces con la rápidez del pensamiento lanzóse hácia el rio, que á la matutina claridad descendida ya hasta la tierra ofrecióse á sus ojos como una plateada superficie, en la que sobresalia un punto negro.

Y Herodías pisó rudamente el hielo, que no se movió bajo su planta, y llegó hasta aquel objeto que la atraia con estraña fascinacion, porque sus contornos, que se aclaraban por instantes, representaban en aquella tersa planicie una cabeza humana; cual vió un dia la del Bautista, rodeada de una gola de sangre en deslumbradora fuente de plata.

Y asaltada de un horrible presentimiento inclinóse sobre ella, y á la luz del sol, que en aquel instante rayó en el oriente, lanzó un grito desgarrador, y huyó por los campos como en alas de un torbellino.

Porque los témpanos de hielo habian cortado la garganta de la hija, como el rencor de la madre, la del Precursor de Cristo.

María Mendoza de Vives.

LABORES.

No es esta á la verdad la época en que las labores de la mujer se ostentan en mas floreciente estado: la segunda mitad del mes de Diciembre, viene, desde tiempo inmemorial, consagrándose á ocupaciones mas placenteras, y la aguja de la mujer, lo mismo que los trabajos caligráficos ó financieros del marido, tienen en este mes un paréntesis de reposo, paréntesis consagrado á reunirse las familias; á frecuentar los teatros y las diversiones; á celebrar, en fin, con toda clase de regocijos y de buenas obras, que el buen cristiano debe unir siempre á todas las espansiones de su corazon, el misterio mas grande de nuestra Religion, la venida del Redentor del mundo.

Hé aquí porqué nuestra seccion de labores ocupa hoy tan reducido espacio.

Dos son, sin embargo, las que muestra nuestro grabado: la primera es unos *broches* ó muletillas de pasamanería hechas á *crochet*: la segunda una *cenefa* bordada con cordon ó trencilla para diversos objetos.

Aunque las señoritas inteligentes en *crochet* no necesitarán esplicacion de una labor tan sencilla, diremos, no obstante, algo acerca de su ejecucion.

Principiase la estrella grande por el centro, y por seis puntos sencillos: sobre ellos se harán doce puntos, uno en el aire entre cada uno, y á las vueltas siguientes se hará un punto doble en cada punto, haciendo siempre sobre el punto sencillo otro sencillo, lo que irá formando el pico: cuando estos tienen el tamaño necesario, se hace alrededor una vuelta de cadeneta, sujetando los estremos de los picos, y sobre ella otras dos dobles, aumentando los puntos necesarios para que la labor no resulte encogida: ahora falta solo el feston, que se compone de una vuelta formada por presillas de cinco puntos, y otra encima, contrariadas las presillas.

Las estrellas pequeñas se empiezan de la misma manera, por el centro, y se trabaja en redondo tambien, solo que se componen de menos vueltas, y por eso resultan mas chicas: el feston no es igual, porque en estas, despues de las vueltas dobles que sujetan los picos, se hace el feston, compuesta cada onda de un punto doble, tres barras y un punto doble, repitiendo lo mismo en la onda siguiente: una cadeneta lisa une las tres estrellas concluidas, y en la cruz que forman, se hace una roseta ó nudo de vueltas dobles, de la cual parte la presilla, en una de las muletillas, y en la otra sujeta el boton.

Esta labor puede hacerse con algodon, estambre ó seda, segun el objeto á que se destine, y sirven para todo género de trajes y abrigos, así de señora como de niños.

El segundo modelo que representa nuestro grabado, es una *cenefa* bordada con *trencilla* ó cordon y *cuentas de azabache*: citar el gran número de objetos á que puede aplicarse, seria interminable tarea: baste decir que lo mismo puede ponerse en trajes de niño que de señora, en abrigos de terciopelo que en otros de lana; y por último, puede hasta utilizarse en bordar un gorro sobre terciopelo con cordoncillo de oro, y las cuentas siempre negras: en este caso tres hojas unidas por el pié, ocuparian el centro del gorro.

Joaquina G. Balmaseda.

Por lo no firmado:
El Director y Editor propietario, *P. J. de la Peña*

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID.—1862.
Imprenta de M. Campo-Redondo.—Hueratas, 42.

© Biblioteca Nacional de España